

Cohibida, Miriam se preguntaba de qué cosa pudiera hablar con alguien como Amina, si se sentaban a comer juntas.

—Yo no te agrado, ¿cierto? —dijo Amina, bajando la vista.

—No, tú me agradas mucho... —respondió Miriam, asombrada.

—¿Sí?

—Sí. Es solo que... Siento que debes encontrarme aburrida. Tú tienes un negocio y haces tantas cosas, y yo solo soy madre y ama de casa.

Amina negó con la cabeza.

—No hay tal cosa como ser ‘solo un ama de casa’. Ese es un trabajo duro. Y de todos modos, ¿acaso no tienes sentimientos, creencias, ideas y deseos como todos los demás?

Miriam observó a la chica, sintiéndose abrumada por esa pregunta tan simple, que parecía reconocer algo que nunca nadie había notado antes. Estaba de pie, ensimismada, viéndola con sus oscuros ojos y el ceño fruncido.

—¿Qué piensas? —preguntó Amina, levantando la vista hacia Miriam, con la mano en la frente para escudarse del sol.

—Nada...

Amina esperó.

—Estaba pensando que una vez fuiste tú la primera persona que me sonrió en diez días —le contó Miriam.

—No entiendo.

—En Pretoria. La primera vez que fui a tu café. Con mis cuñadas.

—Me acuerdo muy bien.

—Nadie me había sonreído en más de una semana antes de eso —continuó Miriam—. Estaba contando los días —sonrió irónicamente, reconociendo lo absurdo de

contar algo así—, y entonces en el café, tú me ofreciste ese *koeksister*. Y me sonreíste.

—Qué cosa tan rara de recordar. ¿Por qué nadie te sonrió en tanto tiempo?

Miriam se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que mi familia política es así.

—¿Y tu esposo también?

Miriam asintió con un movimiento casi imperceptible y frunció el entrecejo, como reprochándose su falta de lealtad. Se volvió para regresar a la casa.

—¿Puedo traerte alguna otra cosa? —preguntó.

—No, gracias —Amina vaciló, insegura de intentar mantener una conversación con ella. Pero la propia Miriam se detuvo tan pronto había dado la vuelta, y dijo:

—¿Dijiste que no sabías cocinar?

Amina asintió.

—En realidad no importa. Hay cosas más importantes en la vida —antes de terminar la frase, Miriam ya caminaba de regreso hacia la tienda.

Amina bebió lo que quedaba de la soda y vio a Miriam subir ligera los escalones del porche. Comió lo que quedaba rápido y sola, y luego descansó un minuto antes de levantarse y regresar adonde yacían sus herramientas en el pasto caliente, tarareando entre dientes al caminar.

A las tres y media, el autobús escolar avanzaba pesado por el camino, deteniéndose a unos veinte yardas de la tienda. Al abrirse las puertas, las bisagras chirriaron y los dos niños bajaron disparados. Miriam los veía desde la ventana de la cocina, al tiempo que trabajaba la masa para los *rotlis* con una media sonrisa en los labios. Corrieron hacia la casa. Corrían a todas partes; eran incapaces de caminar despacio. Miriam trató de hacer memoria de Bombay y los edificios de apartamentos, intentando recordar si ella también había corrido todo el tiempo